

## SAN ANTONIO DE PADUA

Modelo de los niños cristianos.

AL declinar del siglo XII (1195) vió la luz de este mundo en la ciudad de Lisboa un niño que lo habia de ilustrar con su ciencia, con sus virtudes y con sus prodigios, y habia de ser conocido andando el tiempo con el nombre de *Antonio de Padua*, que hoy significa lo mismo que *Santo de los milagros*, *Santo de todo el mundo*, según frase del Vicario de Jesucristo León XIII.

El enlace conyugal de Martín de Bonillón, descendiente del esforzado Godofredo del mismo apellido, con Teresa Tavera en cuyas venas corría la sangre de los Fruelas reyes de Asturias, tuvo por primér fruto un niño, cuya extraordinaria hermosura natural muy pronto habia de ser eclipsada con los radiantes resplandores de una vida imaculada. Porque apenas despuntaron en su alma los primeros albores de la luz intelectual, acordóse de Dios que lo habia criado, y le hizo oloroso holocausto de su

tierno corazón y de su entendimiento virgen, de sus afectos y de sus pensamientos.

Vino este niño al mundo bajo los auspicios de María, de quien lo habia impetrado Teresa Tavera á fuerza de lágrimas y suspiros; el dia 15 de Agosto, en que la Iglesia conmemora su gloriosa Asunción; bajo su maternal protección fué regenerado con las aguas del Bautismo que recibió el dia de la octava de dicha fiesta en la iglesia de Nuestra Señora del Pilar de Lisboa, próxima al palacio de sus padres, convertido hoy en iglesia; y en sus celestiales manos depositó el niño el precioso tesoro de su pureza, haciendo voto de castidad cuando sólo contaba cinco años de existencia; sacrificio matutino que subió cual perfumado incienso hasta el trono del Altísimo, holocausto perpetuo que jamás revocó el hijo predilecto de María, cuyo dulcísimo nombre fuera el primero que pronunciaran sus infantiles labios, y la Salutación angélica, la primera oración vocal que elevara al cielo, gracias á la piadosa solicitud de Teresa Tavera, que, á fuer de ejemplar matrona, se habia esmerado en dar á su primogénito una educación cristiana y piadosa, informando su naciente inteligencia con santas máximas, enfervorizando su tierno corazón con devotas jaculatorias, y enseñándole desde un principio

á reverenciar y amar más á la Madre del Cielo que á la de la tierra, la compañía de los Angeles que la de los hombres. ¡Cuánto vale una madre piadosa que busca la verdadera felicidad de sus hijos! ¡y cuánta responsabilidad tendrán ante el tribunal divino aquellas madres desnaturalizadas que por una incalificable indolencia dejan crecer el fruto de sus entrañas con todos los vicios de la corrompida naturaleza, ó por una falsa piedad no se atreven á cercenar lo que algún día llegará á ser una monstruosidad en el orden moral!

El niño Fernando (tal era el nombre de pila de nuestro Santo) recibia con incomparable docilidad las enseñanzas de su madre, enseñanzas que como en blanda cera se grababan en su corazón para no borrarse jamás. Cuando era llevado á la iglesia en ajenos brazos, fijaba sus dulces miradas en las imágenes de María Santísima, dejando á veces caer silenciosas lágrimas por sus purpúreas mejillas, ó manifestando con agradable sonrisa el gozo que experimentaba su corazón al ver la efigie de la que tanto amaba. Sus modales, en aquella edad inconsciente, su apacible quietud, su amabilidad, todo indicaba que bajo aquel hermoso cuerpo se ocultaba una alma incomparablemente más hermosa, y todo hacia presagiar que en

aquel niño habia de obrar Dios algo extraordinario.

Confirmábanse estas dulces esperanzas con el andar de los años, pues cuando los otros niños suelen manifestar que son hijos de Adán pecador por sus caprichos y torcidas inclinaciones, en el hijo de Martín de Bouillon sólo se observaban indicios de no vulgar santidad. Aborrecia las diversiones y juegos propios de la edad, renunciaba gustoso los manjares más sabrosos para darlos á los pobres, á quienes se complacia en socorrer y servir con sus propias manos, amaba la soledad y el recogimiento, y tenia todas sus complacencias en visitar los templos, derramando su puro corazón en presencia de Jesús Sacramentado, y rezando con todo fervor y mucha frecuencia ante las imágenes de María el himno *O gloriosa Domina*, que en la cuna habia aprendido de labios de su piadosa madre, y que más de una vez le sirvió para vencer al demonio.

Deseosos los padres de nuestro Santo de fundar sólidamente una educación intelectual y moral, lo agregaron á los niños de coro de la catedral de Lisboa, organizados á la sazón en forma de escuela, en la que, bajo la dirección de sabios y ejemplares Sacerdotes, eran impuestos en las primeras le-

tras y ejercitados en las virtudes cristianas, al mismo tiempo que se dedicaban á cantar las divinas alabanzas. Allí estuvo el niño Fernando cinco años próximamente, desde los diez hasta los quince de su edad, distinguiéndose entre sus compañeros por los extraordinarios progresos en las ciencias, gracias á su privilegiado ingenio y á su constante aplicación, y por sus virtudes que ya entonces tocaban los límites del heroísmo. Prosiguió en la catedral la vida ejemplarísima que habia empezado y nunca interrumpida en casa de sus padres. Considerábase dichoso en poder cantar las divinas alabanzas en la casa del Señor, durante las cuales, aunque su cuerpo estaba en el coro, su abrazado corazón volaba al cielo en alas del divino amor, formando sus amorosos suspiros dulce consonancia con las argentinas voces de los coros angélicos. Pasaba largas horas postrado ante el Sagrado Tabernáculo, de donde partían copiosos rayos de divina luz para iluminar su entendimiento, y bajaban encendidas saetas de amor á inflamar su corazón, recibiendo ya entonces aquella fé llena de fortaleza que le hizo apóstol infatigable de la sagrada Eucaristía. Con santa emulación se anticipaba á sus compañeros para asistir al Sacerdote en la celebración del santo sacrificio de la Misa, la

que oía con edificante fervor cuantas veces le era posible.

No obstante la continua mortificación de su cuerpo, y el amor divino en que ardía su corazón, luego que fué creciendo en edad sintió la rebelión de la carne contra el espíritu. Pero lo que en otros hubiera sido ocasión de lamentable caída, sirvió al niño Fernando para consolidar más y más el fundamento de su santidad, en la que hacia tantos progresos cuantas eran las victorias que adquiría sobre el enemigo, y éstas eran tantas como los combates.

Lejos de sucumbir bajo las asechanzas del demonio, sirviéndole de aviso saludable para conocer lo caduco y resbaladizo que es este mundo, y los muchos peligros que encierra para sus amadores; por lo que decidió abandonarlo renunciando los honores, riquezas y comodidades con que le brindaba y abrazándose estrechamente con la cruz de Cristo en el estado religioso. Envidioso Satanás de la heroica resolución de aquel joven, de quien tanto temía por las muchas humillaciones que de él habia ya sufrido, puso en juego todas las infernales maquinaciones que le sugirió su refinada astucia, para disuadirle de su santo propósito, llegando hasta aparecersele en forma

horrible y espantosa, cuando el niño se hallaba de rodillas en las gradas del altar mayor de nuestra Señora del Pilar, fijos sus ojos y su corazón en Jesús Sacramentado. Acordóse en tan peligroso trance de la poderosa eficacia de la santa Cruz, la que hizo con su tierno dedo sobre los mármoles del Santuario, que perdieron por entonces su nativa dureza, quedando grabado en ellos como blanda greda el signo glorioso de nuestra Redención de cuya vista huyó avergonzado el ángel tentador.

Este prodigio, que aun hoy se admira en la catedral de Lisboa, manifiesta la especial providencia con que Dios vela por la incolumidad de sus siervos, la gran santidad del niño Fernando, y lo agradables que eran al Señor sus piadosos ejercicios y santos propósitos.

¿Quién no admira en los primeros años de la vida de San Antonio un perfecto modelo de lo que deben ser los niños cristianos? Las virtudes propias de la primera edad del hombre son: el temor de Dios, el respeto á sus padres, la afición á los ejercicios piadosos y á visitar los templos, y la devoción á Jesús Sacramentado y á María Santísima; virtudes practicadas constantemente por el niño Fernando, y en las que

deben imitarle los niños que deseen obtener su poderosa protección durante el transcurso de toda la vida y sobre todo en la hora de la muerte.

---

## SAN ANTONIO DE PADUA

Eminente Teólogo.

*Encendida y resplandeciente antorcha*  
(1) era Antonio, según la feliz aplicación que de estas palabras dichas del Bautista hizo á nuestro Santo uno de sus maestros. El fuego de la divina caridad abrazaba su alma; y como el amor de Dios entraña esencialmente el del prójimo, de aquí que aquel era la medida del celo que San Antonio manifestaba por la salvación de las almas. Díganlo sino Forli, Imola, Rímini, Bolonia y otras muchas ciudades de Italia. teatro de sus apostólicas predicaciones. Gustosísimo hubiera permanecido nuestro Santo en el retiro de Monte Paulo; allí libre de los aplausos mundanos, que él sinceramente despreciaba, se entregaría sin descanso á la con-

(1) Joann c. V, v. 35.

templación; allí gozaria de las dulzuras de la soledad, que Antonio habia ya probado, y consiguientemente hacia ellas sentíase vivamente atraído; más la voluntad de Dios manifestada por la voz de sus Superiores le fué intimada y, obediente perfecto, aceptó el ministerio de la predicación.

Pero San Francisco queria que el celo de la salvación de las almas que abrazaba la de Antonio se manifestase en su plenitud, y para esto, sobre el ministerio de la predicación directa á los pueblos que ya venia ejercitando, añadió el de disponer á otros para cumplir idéntica misión; es decir, constituyó á nuestro Santo maestro ó Lector en la Orden, oficio por el cual la fuerza de su eminente doctrina alcanzaba más extensión y trascendia á campos más dilatados.

Mas la obediencia religiosa auna con maravilloso enlace el bien de la sociedad y el del individuo, sin que aquel sacrifique nunca á éste. A la manera que en el cuerpo físico el bien de cada uno de los miembros trasciende á todo aquel, y el del cuerpo se manifiesta en éstos; así, y por modo aún más excelente, acontece en el cuerpo moral del estado religioso. No faltará quien vea en los ministerios de Antonio, ostentosos por sí mismos y ocasionados á la admiración de las gentes, sobre todo siendo desempeñados

con la competencia que adornaba á nuestro Santo, un peligro para su humildad y consiguientemente para su santidad; pero nó, además de que contra este peligro está la obediencia, que en expresión del Espíritu Santo, hace cantar victorias (1), San Francisco, conocedor profundo del corazón humano, supo atajar maravillosamente las instrucciones de la vanidad y presunción en el humildísimo espíritu de Antonio. Y cuando no quisiéramos suponer en el Seráfico Patriarca un desconocimiento de esta hermosísima disposición del joven profeso para recibir los más honrosos oficios sin menoscabo alguno de su perfección religiosa, aquel prudentísimo maestro de espíritu supo acrecentar sobremanera la virtud de San Antonio, haciéndole así cada vez más digno del magisterio de las almas; en cuyo oficio le habia ocupado y en adelante pretendia ocuparlo con mayor amplitud.

Veamos el sapientísimo proceder de nuestro Seráfico Padre. Era muy renombrada en aquella época la escuela que el célebre Abad Tomás dirigia en Vercelis, en el monasterio de San Andrés, que habia fundado en dicha ciudad el Cardenal Jacobo Gualo. Aquel insigne maestro veíase continuamen-

(1) Vir obediens loquetur victoriam. (Prov. c. XXI, v. 28)

te rodeado de hombres del más esclarecido talento, que ávidos de ampliar sus conocimientos iban á oír las lecciones que Tomás explicaba.

A esta escuela envió el Seráfico Padre á San Antonio, haciendo discípulo á aquel que ya habia alcanzado la fama de maestro incomparable de los pueblos con su predicación en muchos importantísimos de Italia. De este modo radicó en profundísima humildad el altísimo faro que iluminó á la Orden en sus comienzos con su ejemplo y doctrina. Porque, prefiriendo lo que atañe á la virtud de nuestro Santo acrecentada y mostrada en estos tiempos de su discipulado, por ser de todos notorio; en cuanto á su aprovechamiento en los estudios, nos da elocuentísimo testimonio su maestro Tomás, cuando entre otras cosas escribe: «Antonio, habla con tal inteligencia y maravillosa claridad de los varios ordenes de espíritu celestiales, que parece que los tiene delante de sus ojos . . . . .» y á pesar de no sobresalir por su instrucción en las letras humanas, la pureza de su alma, la ardiente caridad que abrazaba su corazón y su vivo deseo de penetrar á fondo la S. Teología, le hicieron superar á la natural capacidad del espíritu humano, pudiendo de él decirse como San Juan Bautista: *Ille erat lucerna ardens*

*et lucernis.* Tuvo por condiscípulo á nuestro Adam de Marisco, que después fué célebre Doctor de la famosa universidad de Oxford, en Inglaterra, y por último obispo de Ely. A pesar de sus estudios en Verceilis. San Antonio no abandonó del todo durante éstos la predicación, haciendo de vez en cuando apostólicas excursiones para repartir á las gentes el pan de la divina palabra.

San Francisco consideraba ya suficientemente dispuesto á nuestro Santo, así por la virtud como por lo que atañe á la ciencia, para constituirlo maestro ó Lector de sus Religiosos, cediendo á las reiteradas súplicas de éstos que se lo pedían hacia tiempo, y proveyéndoles de medio para disponerse al ministerio de la predicación, cumpliendo así el fin perfectamente apostólico de la Orden Seráfica. Dirigió, pues, á Antonio la obediencia del oficio que le confiaba, en los siguientes términos:

«Fray Francisco saluda en Cristo á su carísimo hermano Antonio. Me agrada que expliques la S. Teología á los Religiosos, mas de tal suerte que (según vivamente lo deseo) ni en tí ni en los demás se debilite el espíritu de la santa oración, según preceptúa la Regla que profesamos. Adios.»

Hé aquí á San Antonio instituido Lector

ó maestro de la Orden, comenzando á ejercer este oficio en la ciudad de Bolonia. Sus discípulos fueron dignos de él. Pasando algún tiempo despues por la dicha ciudad, encontró nuestro Santo seis lectores de entre aquellos, quienes trasmitian á otros la virtud y la ciencia que él les habia comunicado. Gracias á él, dice muy bien la ilustrada Revista *La Voix de S. Antoine*, la Orden de Menores entró en una senda que le era propia, y que presto habia de iluminar los resplandóres de la fé y las llamas del amor. Era la aurora de la Escuela Seráfica, que recibió en San Francisco su inspiración, que tuvo por primer Lector á San Antonio y de la cual fueron inmortales Doctores San Buenaventura y Duns Escoto.

### San Antonio y la Asunción de María.

Uno de los Santos más devotos de María Santísima fué indudablemente el Taumaturgo Franciscano San Antonio de Padua. Basta hojear con alguna atención las páginas de su vida para convencerse de esta verdad.

Niño aun de cinco años, hizo voto de perpetua castidad, postrado ante un altar de la

Virgen de las virgenes, consagrándose de un modo especial á su culto y devoción. ¡Qué sacrificio matutino tan puro y agradable á los ojos de Dios y de María Santísima fué esta promesa del bendito niño! ¡Cuántas bendiciones y gracias celestiales no deramaria la divina misericordia sobre su cándida alma!

Desde entonces Antonio tomó á María por madre y refugio en todas sus tribulaciones y necesidades, y cuando el enemigo común de las almas, envidioso de las virtudes que adornaban la de aquel devoto niño, le acosaba y armaba lazos para hacerle caer en alguna culpa, él se acogia á María como á «ciudad de refugio,» según él mismo la llama (1), y en ella hallaba fuerzas con que combatir y vencer. Cuando se veía en alguna necesidad, acudia á la Tesorera de todas las gracias, «la bienaventurada María que como era valle profundísimo de humildad, por eso estaba llena de gracia, de cuya plenitud recibimos todos nosotros que estamos vacíos, pudiendo decirle con el Real Profeta (2): *nos llenaremos de los bienes de tu casa.*» (3)

(1) Serm. 2 Dom. III, Quadrag.

(2) Psam. 64, v. 5.

(3) S. Ant. Pat., Serm. Dom. IV. Advent.

A la poderosa intercesión de esta Reina amantísima debió San Antonio el incomparable beneficio de la vocación religiosa, para poder cumplir con mas facilidad el voto que habia pronunciado de hinojos ante la imagen de María.

La idea que el Santo tenia de la grandeza y misericordia de María se trasluce en las siguientes palabras:

«La bienaventurada Virgen se puede comparar á un monte muy elevado; porque así como los montes son en la parte superior luminosos, en la inferior espaciosos, en la interior ricos en tesoros y la exterior fecundos; así la bienaventurada Virgen es luminosa por su pureza, superior á la de los ángeles, espaciosa por la caridad que tan misericordiosamente ejerce con todo el género humano; rica interiormente en piedad que á raudales sale de su maternal corazón; fecunda exteriormente en obras de santidad, pues en ella puedes gustar todos los frutos de las virtudes y recrearte con toda clase de flores de honestidad y reverencia.» (1)

Era devotísimo de la Inmaculada Concepción de María y del misterio de su gloriosa

(1) S. Ant. Pat. Serm. 1 In Dom. II. Quadrag. 8

Asunción. En el dia de esta fiesta de 1195 nació al mundo y en el dia de la octava nació á la gracia, regenerado con las purísimas aguas del Bautismo, el cual recibió en la catedral de Lisboa, dedicada á la Asunción de María; y allí fué tambien donde niño se dedicó al culto de Dios y de la divina Madre, y en donde obró el primer milagro ahuyentando al demonio con la señal de la cruz que grabó su tierno dedo en la dureza del mármol.

Un hecho muy célebre de que nos dan cuenta los historiadores, aunque con algunas diferencias en ciertas circunstancias, demuestra cuan ferviente devoto era San Antonio de la Asunción de María.

Hallábase el Santo en el Convento de Tolosa en el mes de Agosto de 1225. Llegada la víspera de la Asunción, debia él mismo leer en el Coro el Martirologio de Menardo, entonces generalmente usado, sobre todo en Francia, en el que se dice: «la Iglesia todavia no se ha declarado sobre la Asunción, prefiriendo una prudente reserva á frívolas ó apócrifas leyendas» (1), lo cual para el fino amante de María era como herirle en lo más íntimo del corazón. No podia consen-

(1) Vid. Benedic. XIV. De festis Dni. et B. V.



tir su filial amor que se tuviese por fábula, ni aun como dudoso, lo que él juzgaba como misterio cierto y honrosísimo para María, con la convicción más profunda, apoyada en la tradición de los SS. Padres y en la autoridad de la universal Iglesia. Asaltáronle graves dudas en si iría ó no á *Prima*: por una parte le inclinaba á ir el precepto de la obediencia intimado por la señal de la campana, y por otra consideraba que si iba se veía forzado á leer lo que reputaba una gravísima injuria á la Reina de los Cielos, temiendo contribuir implícitamente á la infundada sospecha de Menardo, tan poco favorable á las glorias de la Madre de Dios.

En esta angustiosa perplejidad se hallaba cuando la Madre de Misericordia, compadecida de sus congojas, se le apareció sonriente y llena de gloria y le dijo con incomparable dulzura: «Hijo mio Antonio, cree firmemente, y no dudes de que este mi cuerpo, que fué Arca viva del Verbo encarnado, fué preservado de la corrupción y llevado en alas de los Angeles al empíreo en donde reino como Señora de todas las criaturas.» Desapareció la visión quedando Antonio lleno de celestiales dulzuras, mas confirmado en su piadosa creencia y fortalecido para propagar y defender las glorias de María, especialmente en este Misterio, mereciendo el

glorioso epíteto de *Apostol* y *Cantor de la Asunción*, que le dan muchos autores, y ha sido como encarnado en el lienzo y en el mármol por el pincel y el buril de renombrados artistas.

### San Antonio en la Basilica de Letrán.

San Antonio de Padua es sin duda alguna el Santo de todo el mundo, según la gráfica expresión de S. S. León XIII; pero hay ciertos puntos en donde su culto es más grande y mayor su veneración. Uno de estos puntos es la Ciudad Eterna, la capital del mundo católico, Roma. Hasta quince sube el número de iglesias dedicadas al Taumaturgo Paduano. La devoción que le profesan los Romanos es grande; y grandes son tambien los favores que del Santo reciben. Parece que el mismo Santo se complace en ser venerado en la ciudad pontificia, como nos lo quiso mostrar en un admirable hecho sucedido en tiempo del Papa Bonifacio VIII.

Entre los numerosos mosaicos que embellecen la grandiosa Basilica de San Juan de Letrán, llama la atención uno que representa al Salvador del mundo rodeado de ánge-

les teniendo á la derecha á su Madre Santísima, y á los apóstoles San Pedro y San Pablo; y á la izquierda San Juan Bautista, al discípulo amado San Juan y al apóstol San Andrés. Véanse además otras dos imágenes mas pequeñas que las anteriores, aunque de pié como ellas, colocadas la una entre María Santísima y el Príncipe de los Apóstoles y la otra entre los dos Juanes Bautista y Evangelista; aquella representa á San Francisco de Asís, ésta á San Antonio de Padua.

Esta obra modelo en su género, es debida á dos Frailes Menores, Fr. Santiago de Turrita y Fr. Santiago de Camerino, diputados por el Papa Nicolao IV, hijo tambien de la Orden Seráfica, y que figura en el mosaico vestido de pontifical de rodillas ante la Virgen, cuya mano derecha descansa sobre la cabeza del Pontífice.

Al Papa Bonifacio VIII le pareció mal que entre los santos más venerados de la Iglesia estuviesen aquellos dos santos recientemente canonizados, siendo así que no estaban allí ni siquiera todos los Apóstoles. No le extrañó tanto la imagen de San Francisco, como tan perfecto imitador de los Apóstoles y Fundador de una Religión; pero la de San Antonio no quiso que quedase allí, por lo cual mandó que se picase con cuida-

do y que su lugar lo ocupase el Pontífice San Gregorio. Cuando los operarios dieron el primer golpe en la capilla del Santo, una virtud sobrehumana derribó los andamios cayendo todo á tierra con horrible estrépito, y á pesar de tan alta caída, cuando todos creían que los artifices estarían muertos, se levantaron sin lesión alguna aunque llenos de asombro. Dieron parte del suceso al Soberano Pontífice que en seguida mandó suspender la obra. El golpe quedó señalado, como para perpetuo recuerdo, en la capilla de San Antonio, hasta que Alejandro VII mandó reparar aquella imperfección. Con este prodigio, narrado por todos los autores de esta su vida, quiso San Antonio conservar el puesto de honor en la Iglesia madre y cabeza de todas las iglesias, como para indicar que él se hizo digno de ello con su virtud y doctrina, siendo al mismo tiempo esta su imagen objeto de veneración de los fieles, y admiración de todos los que visitan la gran Basílica Lateranense.

---